



Memorias de un POLICÍA

Coronel (R) Héctor Álvarez Mendoza
Miembro Consejo Editorial de la Revista Fuerzas Armadas

El color de la memoria

“Y es que en el mundo traidor nada hay verdad ni mentira; todo es según el color del cristal con que se mira”

(Ramón de Campoamor)

Sin duda alguna, la tarea de relatar y registrar vivencias, logros y fracasos que forman parte de la historia y de la “pequeña historia” de un país, una institución o una familia, permite preservar el legado colectivo del orden nacional, institucional y familiar, patrimonio que reciben y enriquecen las nuevas generaciones. Por ello, en toda civilización se valora el testimonio de los ancianos y los historiadores como fuentes de cultura y fundamentos del progreso.

En conversaciones recientes sobre la valoración de los aportes que en el tema de la seguridad de campos y ciudades adelantó el recordado gobierno de la “seguridad democrática”, que devolvió a los colombianos el gusto de desplazarse por caminos y carreteras sin el temor de convertirse en víctimas de un episodio de “pescas milagrosas”, regresaron a mi mente situaciones que revolcaron los rincones

de mi memoria y desenterraron antiguas vivencias como Oficial de la Policía Nacional. Me refiero a la situación vivida en los departamentos de Caldas, Valle y Tolima en la década de los años 60, azotados por el “bandolerismo” más execrable, capitaneado por cabecillas de tan funesta recordación como Teófilo Rojas, alias “Chispas”, Jacinto Cruz Usma, “Sangrenegra”, William Ángel Aranguren, “Desquite”,

“Por ello, en toda civilización se valora el testimonio de los ancianos y los historiadores como fuentes de cultura y fundamentos del progreso”.

“... regresaron a mi mente situaciones que revolcaron los rincones de mi memoria y desenterraron antiguas vivencias como Oficial de la Policía Nacional”.

Luis Noel Lombana, “Tarzán” y Nacienceno Hernández, “Punto Rojo”, para citar solamente algunos de los más reconocidos y activos en esa rica y montañosa región, quienes se convirtieron en sinónimo de secuestros, violaciones y masacres con incalificables dosis de sadismo estúpido y sin sentido.

Precisamente, en esa época fui trasladado de la Escuela de Carabineros Alejandro Gutiérrez de Manizales al departamento del Tolima, inesperada destinación que se dio en circunstancias especiales. Mi jefe inmediato, el Mayor Hernando Pinilla Díaz, Director de la Escuela, me llamó a su despacho y en tono amable y paternal me informó sobre mi nueva destinación, motivada en las recurrentes “razones del servicio” y no a la Escuela General Santander a donde esperaba ser destinado para adelantar el curso para mi próximo ascenso al grado de Teniente. Con extrañeza y dificultad tragué ese sapo y sin chistar me dediqué a alistar maleta y perro, pues en ese entonces me acompañaba siempre un pastor alemán, que yo mismo intenté adiestrar, regalo de mi novia manizaleña, quien al enterarse de mi traslado al Tolima, sin preaviso alguno me tachó de su lista de elegibles, quizá porque juzgó que en mi nueva guarnición, mis acciones habían colapsado, lo que

de golpe y porrazo me convirtió en una “opción prescindible”.

La persistencia tras el objetivo

Así, ligero de equipaje, sin novia pero con perro, aterricé en el Tolima, en momentos en que desplazarse por sus caminos y carreteras era un acto de fe que metía miedo. Precisamente, poco antes de mi arribo, uno de mis superiores, el Capitán Rodolfo Villamizar Gómez cumplía una visita de inspección física a las existencias de armamento de las unidades de policía del norte del Tolima y el 24 de octubre de 1962, mientras se dirigía por carretera hacia el municipio de El Líbano en compañía del Mayor Marco Fidel Naranjo, subcomandante de la Policía del departamento, fue objeto de una emboscada por las cuadrillas de “Tarzán” y “Sangrenegra”, que causaron la muerte de Villamizar y 14 agentes de su patrulla y graves heridas al Mayor Naranjo, quien logró sobrevivir al atentado.

Poco tiempo después, mi compañero de promoción, el Subteniente Josué Jaimés Ortiz, comandante del puesto policial de Veracruz, corregimiento del municipio de Anzoátegui, disfrutaba de vacaciones pues planeaba contraer matrimonio en Ibagué el 24 de marzo de 1963

con su novia Myriam Corral. El 20 de marzo viajó a Veracruz a traer su uniforme de ceremonia y al regreso, el taxi contratado en el que viajaba en compañía de su hermano Rafael, fue detenido en el sitio Los Guayabos por bandoleros de la cuadrilla de “Sangrenegra”, que habían detenido y estaban sometiendo a rigurosa requisita a los pasajeros de un bus intermunicipal y quienes al revolcar el equipaje del Oficial, encontraron el sable y las prendas de su uniforme de gala.

Lo que vino después es como para el argumento de una película de Tarantino. Al Oficial y a



su hermano los desnudaron, los hincaron de rodillas y así los asesinaron a puñaladas y machetazos y luego los decapitaron con la parte plana y cortante de un zapapico, pica o alcotana. Nunca se encontró la cabeza de mi compañero. Luego, “Sangrenegra” se encasquetó la gorra del Oficial y con el sable desnudo empuñado hacia arriba, tomó a una bebida de meses que venía en brazos de su madre en el bus detenido, la lanzó al aire y la ensartó como a una brocheta. “¡Desde hoy soy el mayor Sangrenegra..!” gritó el criminal luego de su “hazaña”, que rubricó con el asesinato de otros 18 pasajeros del bus asaltado.

De ese color eran las calamidades que afectaban a esa región del país, lo que explica el énfasis que el Gobierno nacional y especialmente el estamento militar y policial ponían en el control del “orden público” en esas latitudes. En Armero, al norte del Tolima, tenía su sede en esos momentos el Batallón Colombia, prestigiosa Unidad al mando del Teniente Coronel José Joaquín Matallana Bermúdez, estrella de la lucha contra el bandolerismo, quien disponía de todos los recursos existentes en ese entonces, entre otros, el permanente apoyo helicopuerto para desplazarse por zonas de difícil acceso y alto

riesgo, para lo cual prefirió el acompañamiento permanente de una patrulla de Carabineros de la Policía Nacional a quienes confió su seguridad personal, pues los consideró más “cancheros” y confiables que los conscriptos regulares.

Ahora bien, Matallana, fumador de tres paquetes diarios de Pielroja, padecía una febril obsesión que era la razón de ser de su existencia; encontrar y acabar con la amenaza de “Desquite” y “Sangrenegra”, los más sanguinarios cabecillas de bandoleros del país, así que prometió dejar de fumar cuando lo lograra, por lo que convirtió la cacería de

Foto: Archivo Policía Nacional

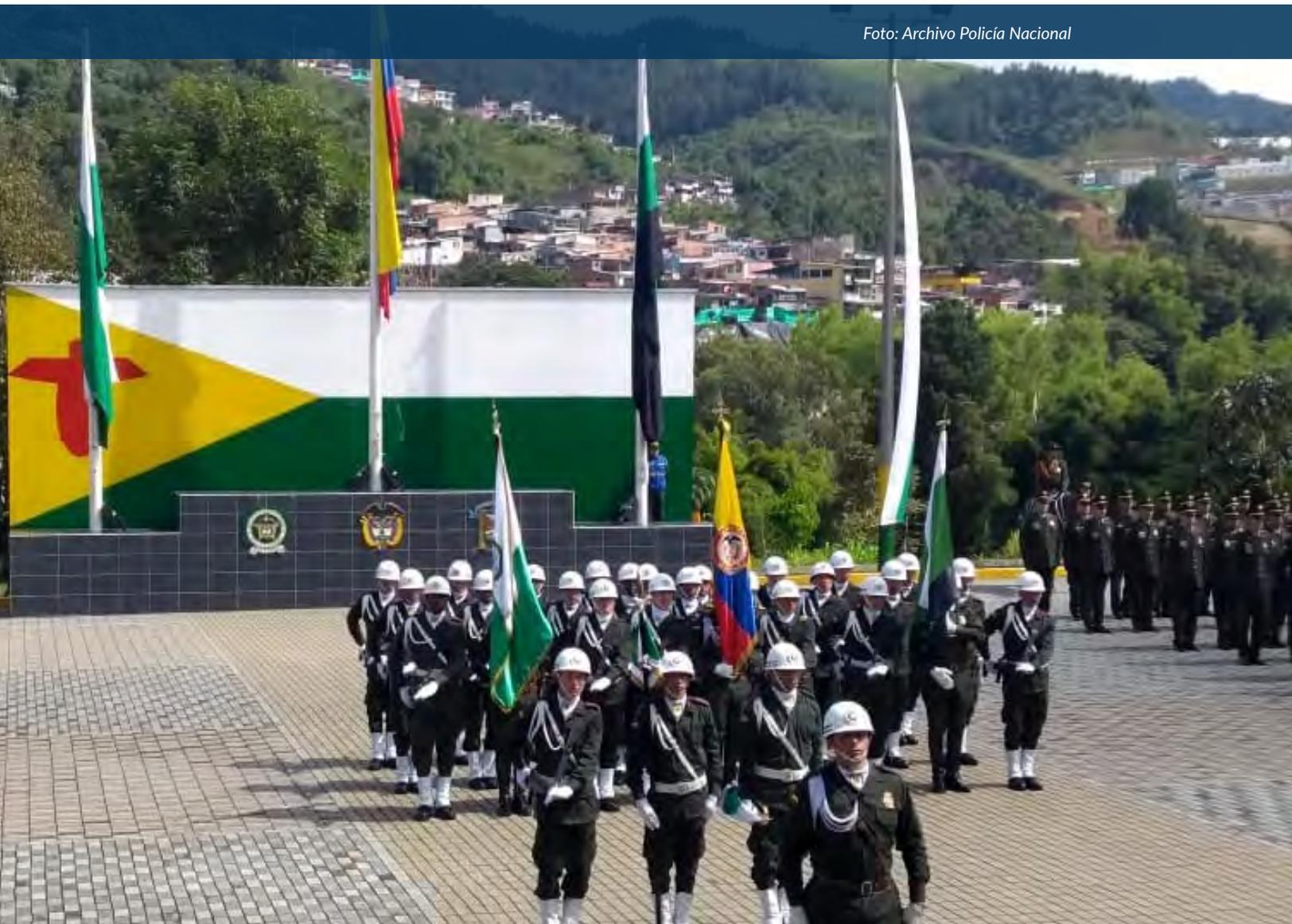




Foto: <https://occidente.co/wp-content/uploads/2014/05/sangrenegra-mayo-12.jpg>

esos dos malhechores en objetivo principal de su gestión.

Pero la suerte quiso que fuera una pequeña y solitaria patrulla de Carabineros de la Policía Nacional al mando del Subteniente, Álvaro Márquez Montañez, Comandante del puesto de policía de Junín, quien en la madrugada de 17 de marzo de 1964 se topó con *"Desquite"* y luego de un breve combate resultaron muertos, además del cabecilla, sus secuaces Alfonso Parra, alias *"Patechivo"*, Gustavo Ávila, *"Veneno"* y Humberto López, *"Peligro"*. Aquello causó sensación y alivio en el Tolima y en todo el país. El cadáver de

"Desquite" fue exhibido como trofeo de caza en la sede de la 6a Brigada de Ibagué y en varios municipios del Tolima, escenarios de las hazañas criminales del temido delincuente.

Días después, el 21 de marzo en ceremonia programada en el cuartel del Batallón Colombia en Armero, presidida por el Comandante de las Fuerzas Militares y el Director de la Policía, fueron condecorados el Subteniente Márquez Montañez, el Sargento 2o Antonio María Peña y los Carabineros de su patrulla, vestidos con camuflados del Ejército, prestados de afán para la ocasión y las

fotografías. Además lo fueron el Coronel Hernando Currea Cubides, Comandante de la Sexta Brigada y el Teniente Coronel Matallana Bermúdez, Comandante del Batallón Colombia, quien poco después recibió también la Cruz de Boyacá por sus innegables méritos, siendo uno de los primeros oficiales de ese grado, distinguido con tan alta presea.

La estocada

Pero *"Sangrenegra"*, el segundo gran objetivo, seguía en sus andanzas, ahora fuera del Tolima, de donde se ausentó

forzado por la intensa presión impuesta por el Batallón Colombia, que seguía al mando del Coronel Matallana. Pero nuevamente fue personal de la Policía el que acabó con el temible bandolero, en jurisdicción del municipio de El Cairo (Valle), cuyo alcalde militar, el Dragoneante de la Policía William Forero Ramos, conocedor de una antigua enemistad entre los hermanos Cruz Usma, logró convencer a Felipe, hermano mayor de “Sangrenegra”, quien vivía en esa zona, de que facilitara su localización a cambio de cien mil (\$100.000) pesos de recompensa ofrecidos por la Gobernación del Tolima, por lo que se urdió un plan para atraer al bandolero hacia una celada.

Con tal fin se acordó una reunión de los hermanos, pretextando que Felipe le iba a saldar una antigua deuda a Jacinto, lo que permitió al alcalde y al comandante de la Estación de Policía de la localidad, Sargento 2o Anibal Roldán, tender una emboscada con una patrulla de carabineros compuesta por el mismo Sargento Roldán, el Cabo 2o Ramiro Parra y los agentes Marco Tulio González, José Robledo Díaz, Floresmiro Otavo y José Varón, quienes el 26 de abril de 1964 sorprendieron y dieron de baja a “Sangrenegra” y a sus compinches Delfín Rodríguez, alias el “Carnicero”, Evelio Cardona, “Malasuerte” y Félix Antonio Valencia.

Tras lo anterior, el cadáver de “Sangrenegra” fue conducido a la 6a Brigada de Ibagué donde fue expuesto a la curiosidad pública y luego llevado a varias localidades del Tolima,

antiguos objetivos de sus sangrientas correrías. Matallana debió sentirse algo frustrado por el desenlace de su cruzada contra “Desquite” y “Sangrenegra”, pues a pesar de ser el genio que manejó las fichas en los más audaces movimientos del llamado “Plan Lazo”, el *jaque mate* corrió a cargo de pequeñas patrullas de Carabineros dirigidas por mandos de la Policía Nacional de modesta antigüedad y rango. Lo positivo del asunto, es que, aparentemente, Matallana Bermúdez cumplió su promesa y abandonó para siempre el cigarrillo.

El 3 de mayo de 1964, el gobernador del Tolima, Alfredo Huertas Rengifo, en una sencilla ceremonia en su despacho de Ibagué, entregó el prometido cheque de 100.000 pesos a Felipe Cruz Usma. El 16 de mayo de 1964, en Lérida al norte del Tolima, tropas del Batallón Colombia dieron de baja a Noe Lombana Osorio, alias “Tarzán”. Un año más tarde, el 9 de junio de 1965 fue localizado en el barrio San José, al sur de Bogotá, el bandido Efraín

González Téllez, quien había asolado los campos de Boyacá y Santander. A las 14:30, tropas del ejército al mando del Capitán Alirio Rangel y otros oficiales entre ellos el Teniente Harold Bedoya Pizarro, rodearon el lugar e intentaron someter al delincuente, quien armado con una metralleta *Madsen M-50*, calibre 9 mm, asesinó a un agente de Inteligencia cuando intentaba penetrar al escondite del delincuente.

Sobrevendría el desenlace puesto que se inició un tiroteo contra la casa, que incluyó el uso de un cañón, con el que se abrieron varios boquetes a las paredes exteriores de la edificación. El bandido respondió al fuego desde diferentes puntos de la casa, lo que hizo pensar, erróneamente, que estaba acompañado de varios cómplices.

A las 18:00 llegó al sitio el Coronel José Joaquín Matallana Bermúdez con más efectivos y ordenó gasear el objetivo pero el viento en contra afectó a sus propias unidades. Luego

“Matallana debió sentirse algo frustrado por el desenlace de su cruzada contra “Desquite” y “Sangrenegra”, pues a pesar de ser el genio que manejó las fichas en los más audaces movimientos del llamado “Plan Lazo”, el *jaque mate* corrió a cargo de pequeñas patrullas de Carabineros dirigidas por mandos de la Policía Nacional de modesta antigüedad y rango”.



Foto: Archivo Policía Nacional

“Un año más tarde, el 9 de junio de 1965 fue localizado en el barrio San José, al sur de Bogotá, el bandido Efraín González Téllez, quien había asolado los campos de Boyacá y Santander”.

acudieron expertos gaseadores de la Policía Nacional al mando del Mayor Mario Castillo Ruiz con un grupo de oficiales de la cercana Escuela de Cadetes General Santander dotados con fusiles lanzadores de proyectiles de gas a larga distancia, más adecuados para la tarea.

Dada la circunstancia, esto hizo salir huyendo al delincuente quien ya sin municiones, aprovechó la progresiva oscuridad del anochecer e intentó confundirse entre la multitud de

curiosos, pero allí se encontró con un Suboficial de la Policía Nacional quien lo reconoció y le cortó el paso con un golpe de su fusil lanza gases. El bandido cayó aturdido y allí fue neutralizado por tiradores del Ejército. Tiempo después, el 17 de febrero de 1966, una patrulla de la Policía Nacional al mando del Teniente Roberto Ortiz Villa, sorprendió y dio de baja en combate en la localidad de Cabequera del Llano, municipio de Alvarado, Tolima, a Nacienceno Hernández, alias “Punto Rojo”,

responsable de sangrientas masacres, secuestros y asaltos contra la población campesina y la Fuerza Pública.

Estos apuntes de “pequeña historia”, traen a mi memoria la cantinela que repetía una viejita medio loca que vagaba por mi pueblo: “Gallina que no cacarea sus huevos, se expone a convertirse en la invitada principal a un sancocho de gallina”. 🏮